

UNAMUNO PÉREZ, M. C. DE. *Miguel de Unamuno y la cultura francesa*, Salamanca, Universidad, 1991.

Poco después del cincuentenario de su muerte, la bibliografía sobre Unamuno es ya copiosa («se bucea en su obra para hacerle, como él había previsto, místico, ateo, socialista, anarquista, positivista, krausista o anticientifista»). La autora considera que su libro, aunque referido a aspectos tratados ya por otros estudiosos, tiene el interés de presentarlos en un contexto nuevo y claramente delineado, para intentar explicar qué supusieron en la gestación de su pensamiento y, por lo tanto, en el conjunto de su obra. Se propone una consideración completa de los trabajos de Unamuno (ensayo, novela, poesía y obras de teatro), insistiendo de modo particular en algunos de sus textos, desde una perspectiva primordialmente literaria sin por ello dejar de entrar en cuestiones de tipo filosófico, dada la naturaleza de sus escritos: algunos abordan casi exclusivamente cuestiones metafísicas, y los demás son, bajo la forma de un género literario determinado, ricos en «preocupaciones y problemática emparentada con la filosofía».

El apartado «Unamuno filósofo y filólogo» explica la formación de su pensamiento. Desde niño se interesó por la lengua francesa, y por medio de la biblioteca familiar conoció (Bal-

mes y Donoso Cortés mediante) a Kant, Descartes y Hegel. Sus lecturas son, sobre todo, filosóficas y religiosas (las Escrituras, clásicos griegos y latinos, teólogos, poetas preocupados por el problema de la existencia) y «desde Homero a su tiempo, se encuentran en él resonancias de todo el pensamiento humano». Educado por su madre en el catolicismo, intentó más tarde racionalizar su fe, y en ello está el origen de su «agonía», de su crisis religiosa, decidiéndose por una forma libre de cristianismo («el sentimiento mágico de la vida de Unamuno fue la insoluble contradicción de fe y razón»). Visitó Francia por primera vez en 1889 («Paris le fue hostil desde el primer día, como lo había sido en su momento Madrid»). Tras su destierro en Fuerteventura (1924) va de nuevo a la capital francesa, que seguía siéndole desagradable: le aburren la galantería, el exceso de historia, de civilización, de inscripciones, y el espíritu francés le parece incompatible con su propio carácter; pero «no desdeña ni ignora la importancia de la cultura francesa, antes al contrario se sirve de ella como acceso a otras culturas, considerándola vehículo de comunicación con Europa». En otro capítulo analiza la autora las características del lenguaje unamuniano, su concepción de la palabra, su opinión sobre el casticismo (que considera empobrecedor en el lenguaje, porque es sinónimo de conformismo) y la presencia de la lengua francesa en su obra.

La parte segunda y más extensa del libro, «Lecturas francesas de Unamuno», presenta comparaciones textuales de sus escritos con sus posibles fuentes literarias de lengua francesa. El autor manifiesta su admiración hacia esa literatura («Soy de los que creen que los franceses dejan todo lo bueno que tienen en sus libros»). El capítulo «Individualismo y personalidad» insiste en la resistencia unamuniana al encasillamiento: esta negativa a ser clasificado se manifiesta en todos los aspectos de su personalidad y de su obra. En literatura «abarcó todos los géneros, pero siempre huyendo de la norma establecida». En el aspecto político, tuvo como regla no pertenecer a ningún partido, salvo en se etapa de afiliación al socialismo. Para él, la forma superior de conciencia es la del poeta. Tienen la misma realidad Chateaubriand y René, Flaubert y M. Hymais, Cervantes y D. Quijote. Por otro lado, le da gran importancia a la ensoñación, y en ello coincide, si quiera parcialmente, con ciertos autores franceses: Sénancour, Baudelaire, Stendhal, Nerval, Anatole France.

Siguiendo el modelo bíblico, la mujer es, para él, quien introdujo la cul-

pa en el mundo y la responsable de los males (Fedra); debe acatar y recibir las enseñanzas del marido, porque «carece de la inteligencia propia del hombre y es rémora de todo progreso». Tiene, además, una visión muy tradicional de la familia, como refugio del individuo. Otros aspectos que trata la autora son «Ciencia e Historia» (al respecto explica la evolución desde la defensa del racionalismo y del sentimiento europeísta de sus primeras obras, hasta la defensa de los valores tradicionales de España, encarnados en D. Quijote) y «Metafísica unamuniana» (incluido su pensamiento religioso y su relación con autores franceses: Lamennais, Renan, Pascal, Bergson, Huysmans, Flaubert).

El último capítulo está dedicado a la novela de Unamuno y sus referentes franceses. En la «Conclusión» se pone de manifiesto que las citas de autores galos son muy frecuentes en su obra, y que la lengua y la literatura de esa procedencia fueron determinantes en su pensamiento: «Ambas son sus compañeras de viaje desde la infancia».

ARTURO DELGADO CABRERA